



Lecturas

Viene de la página anterior

¿Cómo queda quien ha dado toda su vida a la Literatura en estos tiempos internautas?: "Ahora, cuanto más viejo se siente, recuerda su antiguo afán, su inicial inquietud literaria, su dedicación sin fin durante años al peligroso negocio de la edición, un negocio tantas veces ruinoso. Renunció a la juventud para buscar la obra honesta un catálogo imperfecto. ¿Y qué sucede ahora, que todo ha terminado? Le queda una gran perplejidad y la cartera vacía. Un sentimiento de para qué" (69). También, un resquemor hacia los lectores: "Se considera tan lector como editor".

Le retiró de la edición básicamente la salud, pero le parece que en parte también el becerro de oro de la novela gótica, que forjó la estúpida leyenda del lector pasivo. Sueña con un día en el que la caída del hechizo del *best seller* dé paso a la reaparición del lector con talento y se replanteen los términos del contrato moral entre autor y público. Sueña con un día en el que puedan respirar de nuevo los editores literarios, aquellos que se desviven por un lector activo, por un lector lo suficientemente abierto como para comprar un libro y permitir en su mente el dibujo de una conciencia radicalmente diferente de la suya propia. Cree que si se exige talento a un editor literario o a un escritor, debe exigirsele también al lector.

Porque no hay que engañarse: "El viaje de la lectura pasa muchas veces por terrenos difíciles que exigen capacidad de emoción inteligente, deseos de comprender al otro y de acercarse a un lenguaje distinto al de nuestras tiranías cotidianas (...). Las mismas habilidades que se necesitan para escribir se necesitan para leer. Los escritores fallan a los lectores, pero también ocurre al revés y los lectores les fallan a los escritores cuando sólo buscan en éstos la confirmación de que el mundo es como lo ven ellos..." (71). Pero ya nada de eso importa, pues poco se salva del naufragio: "Pronto cumpliré sesenta años. Des-

Esta obra es muy apropiada para los escritores en activo, tan poco dados a reflexionar sobre su oficio precisamente hoy en día, que se cae a pedazos

de hace dos, me persigue la realidad de la muerte al tiempo que me dedico a observar lo mal que va el mundo. Como dice un amigo, todo se acabó, o se está acabando. No queda otra cosa que una gran masa analfabeta creada deliberadamente por el Poder, una especie de muchedumbre amorfa que nos ha hundido a todos en una mediocridad general. Hay un inmenso malentendido. Y un trágico embrollo de historias góticas y editores puercos, culpables de un monumental desaguisado" (178).

Dublinesca es, en conclusión, muy apropiada para escritores en activo, tan poco dados a reflexionar sobre su oficio precisamente hoy, que se cae a pedazos. Es aconsejable para escritores en ciernes, pues en ella sabrán lo que les espera. Es muy de recomendar a curiosos sobre el mundo literario, sus fastos y mentiras (pleonasma). Es ejemplar como muestra de que puede avanzarse tan ricamente en la lectura de casi 400 páginas sin necesidad de que muera un personaje en cada una, ni de que lo haga víctima de una conspiración de monjes medievales que buscaban un códice que había robado una chica que vivía en París enamorada de un arqueólogo yanqui a quien tima un cuñado masón que tiene intereses en una multinacional dominada por rosacruces. Da gusto leerla, pena terminarla y angustia al cerrarla. ¿O es que acaso no nos hemos enterado aún de que "la gran masa analfabeta" se ha hecho con el poder gracias al Poder?



Historia del pelo

ALAN PAULS

Anagrama,
193 páginas

Coqueta y descabellada Historia del pelo y la prosa torrencial de Alan Pauls

EDUARDO SAN JOSÉ

Las novelas gremiales son una afición que voy cubriendo a golpe de curiosidad, casualidad y noticias prestadas. Novelas cuyo personaje es la profesión: relatos sobre (y demasiado a menudo para) abogados, médicos, periodistas, arquitectos, deportistas, donde a veces aguarda algo más que la suspicaz verificación de los secretos de cada oficio. Pero en la literatura de peluqueros sólo conocía la notable *Tijeras de plata* (2002), del uruguayo Hugo Burel, donde el protagonista es el arte del oficio, su doble mester capilar y confesional. Después de leer esta *Historia del pelo*, del argentino Alan Pauls (1959), uno cae en la importancia de estar a bien con su figuró. Ahora recuerdo al amigo que me dividí a los hombres entre quienes cambian o son fieles al mismo barbero. Y aunque no sé lo que querrá decir, soy, suelo ser, de éstos. Pero ésta no es exactamente una novela gremial; el asunto aquí no es la profesión, sino su obsesiva búsqueda en el cliente, la utopía del corte de pelo perfecto y duradero. A medio camino del absurdo verosímil de César Aira —esa capacidad para ponernos al borde de lo creíble— y el minimalismo existencialista de Georges Perec —la precisión minuciosa sobre cualquier pasatiempo, la moral de cada gesto—, Pauls hace difícil encontrar un héroe novelesco con un infortunio más trivial, y que termine resultando igual de dramático al lector. Este desafío podría ser la instigación original de la novela, pero no es la última. No en vano, sigue a la publicación de la *Historia del llanto* (2008), donde el autor ajustaba cuentas con el compromiso político de su generación, o de su clase social, y sus motivos a veces

espurios: el inconsciente hastío, la calculada impostura, algo como lo que sobre la universidad en la transición española hicieron Trapiello en *El buque fantasma* (1992) o Pedro de Silva con *El tranvía* (2006).

Historia del pelo se divierte en la confluencia entre la estética y la ética, a través de la historia de un portefeño de clase media alta que trasluce su mala conciencia en la insatisfacción del peinado. Tras haber crecido al margen de los efectos de la dictadura militar, el protagonista revalúa hoy su pasado como la historia de un inquieto peinado que resume todos los lugares y luchas en las que, si alguna vez quiso, no se atrevió a estar. El drama se confía a una sintaxis de aluvión y un ingenio oportuno, dignos de mejor causa que la obsesión por un pertinaz remolino, unas puntas desmechadas o las connotaciones del peinado: el rubio lacio que conviene a un noble origen, el afro y las crenchas salvajes de quienes en los setenta heredaban la rabia social. Más allá de los primeros capítulos, donde nos reímos con la epopeya cabelluda y descubrimos algún personaje real como Larry Geller, el estilista y gurú de Elvis, Sinatra o Paul Newman, la novela evoluciona a una introspección en el paso del tiempo, la pérdida, la amistad o la pareja, con un elenco donde no siempre se justifican las salidas de escena de algunos personajes, que quedan así trunco como un corte con escaleras. Quizá no sea una novela del todo conseguida y sea el torrente de su prosa lo que merece la pena, pero con todo es más valiente que polémica al señalar a los privilegiados que han pasado por la vida con una cambiante "peluca verdadera", mientras fuera a otros se les caía el pelo.

Teoría y práctica de la memoria histórica Francisco Erice ante los fantasmas del pasado

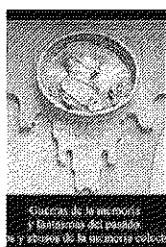
JULIO ANTONIO VAQUERO IGLESIAS

Francisco Erice, profesor de Historia contemporánea de la Universidad de Oviedo, acaba de publicar en la editorial asturiana Eikasía Ediciones, un libro oportuno y necesario: *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Uso y abusos de la memoria colectiva*. La actual obsesión que estamos viviendo desde hace unos veinte años, y no sólo en España, sino también en todo el mundo, por todo lo relativo con la "memoria histórica" (el autor prefiere por coherencia teórica hablar de memoria colectiva) no sólo tiene origen, como mantienen algunos estudiosos del tema, en la desvalorización de la historia frente a la memoria como acceso privilegiado al pasado que ha difundido el posmodernismo o en el miedo al futuro ante los profundos cambios del presente, sino también, y sobre todo, en sus diversos usos ideológicos, desde o contra el poder. Sin embargo, ese bulímico uso de la memoria colectiva que se está desarrollando ante nuestros ojos está envuelto en una gran confusión conceptual que lastra el análisis y comprensión de su práctica actual. De ahí la necesidad y oportunidad de este libro cuya finalidad es llevar a cabo un análisis sistemático de esa ya casi oceánica literatura acerca de la teoría y usos sociales de la memoria colectiva con el objeto, por una parte, de establecer desde una perspectiva más crítica que informativa (no estamos, pues, ante un tratado al uso y mucho menos ante un ensayo), una redefinición de la noción de memoria colectiva que incluye, además, un rápido repaso sobre los usos históricos de la memoria colectiva, como también un análisis de los agentes y soportes que intervienen en su construcción social.

Por otra parte, el autor ha realizado desde esa clarificada noción de memoria colectiva, a su vez, un análisis de algunos de los más destacados usos actuales de la memoria colectiva dentro y fuera de nuestro país. A saber: combates por el pasado

o guerras de la memoria de importantes procesos históricos como las memorias colectivas del Holocausto, del antifascismo aplicado a Italia, de la construcción y desmantelamiento del modelo socialista en la URSS, de las dictaduras militares y la represión en el Cono Sur latinoamericano, y de las variadas memorias sobre el colonialismo; y análisis también de diversas memorias nacionales como la que se refiere al intenso debate sobre la memoria histórica que se está desarrollando actualmente en España.

La valoración crítica que, desde las coordenadas del materialismo histórico y la tradición marxiana, realiza Erice del corpus teórico analizado le lleva a defender una noción de memoria colectiva entendida no como la suma de memorias individuales, sino como "narraciones" ideológicas construidas por los grupos sociales no sólo para configurar su identidad, sino para conseguir la hegemonía en conflicto con otras agrupaciones sociales. Esto es: más allá de cualquier perspectiva funcionalista, las memorias colectivas deben entenderse en el contexto de los antagonismos y enfrentamientos sociales, de las prácticas de poder y resistencia y, por tanto, en conexión con los referentes materiales y como expresión cultural de los conflictos económicos, políticos y sociales. De ahí que defienda también, uniéndolo a Marx y Walter Benjamin, el saber y el sentir; una práctica de la memoria colectiva por los grupos subalternos, en la que la Historia impregne la memoria colectiva. Quizá le falte un mayor desarrollo teórico de su tesis básica: la memoria colectiva como elemento de la ideología, y le sobre cierto abuso de las citas literales que dificulta una lectura más ágil del texto; pero lo que nos parece fuera de toda duda es que estamos ante una obra de referencia, imprescindible a partir de ahora para entender la doble dimensión —científico-académica y cívico-política— de la mal denominada "memoria histórica".



Guerras de la memoria y fantasmas del pasado

FRANCISCO ERICE

Eikasía Ediciones
2010